

LAS COSAS DE EUROPA

Los acontecimientos de Europa tienen en estas regiones hispanoamericanas el eco de la distancia y la influencia que sobre nosotros les da a los europeos su mayor edad y su mayor civilización. “Todo está enlazado en la política como en la naturaleza”, dice el inmortal Jovellanos en su *Ley agraria*: “una chispa encendida en las entrañas de la tierra produce la convulsión y horrendo estremecimiento que trastorna inmensa porción de su superficie”¹. “Los hombres, dice en otro lugar el mismo autor, son tan inclinados a envidiar lo ajeno como a no estimar lo propio, y no contentos con generalizar las ideas han generalizado también los ejemplos”²; y señala como la manía más frecuente de los políticos la de aplicar a un país y a un tiempo las cosas

¹ [“Todo, Señor, está enlazado en la política como en la naturaleza; y una sola ley, una providencia mal a propósito dictada o imprudentemente sostenida, puede arruinar una nación entera, así como una chispa encendida en las entrañas de la tierra produce la convulsión y horrendo estremecimiento que trastornan inmensa porción de su superficie”. GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, *Informe de la Sociedad Económica de Madrid al Real y Supremo Consejo de Castilla en el expediente de ley agraria, extendido por el autor en nombre de la junta encargada de su formación*, conclusión: *Obras publicadas e inéditas de don Gaspar Melchor de Jovellanos*, colección hecha e ilustrada por don Cándido Nocedal, t. II (Biblioteca de Autores Españoles, t. 50), Madrid, Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1910, pág. 135].

² [“Los hombres, o por pereza o por orgullo, son demasiado propensos a generalizar las verdades abstractas, sin pararse mucho en aplicarlas; y por otra parte, tan inclinados a envidiar lo ajeno como a no estimar lo propio; no contentos con generalizar las ideas, han generalizado también los ejemplos”. *Ibid.*, Del comercio exterior, III; *op. cit.*, pág. 114].

que en otro tiempo y en otro país hallan establecidas o siquiera ensayadas. A ti te lo digo, hijuela: las instituciones y las costumbres políticas nuestras son copias, a veces mal tomadas y a menudo aplicadas, de los modelos de la Revolución francesa y de los Estados Unidos del Norte; y son muy pocos, tal vez ningunos, los rasgos originales de nuestra fisonomía nacional, según observa Bello en sus *Opúsculos*

De aquí la impresión profunda que causan en nuestros ánimos los acontecimientos europeos; de aquí la influencia que tienen las novedades extranjeras en la corriente de las opiniones de nuestra política interior. La proclamación de la república en España³, efectuada por una mayoría que manifiesta ante todas cosas, en medio de evolución tan sorprendente, su firme intento de continuar la obra revolucionaria de la escuela liberal, al mismo tiempo que de mantener la integridad del territorio nacional, es una nueva prueba, es una confirmación incontestable del principio que otras veces hemos consignado, a saber: que las formas de gobierno son cosas secundarias respecto de los sistemas doctrinarios que a la sombra de aquéllas se establecen y desenvuelven.

Así los que ayer querían que se favoreciese a la independencia de Cuba⁴ sólo por odio a la España *monárquica*,

³ [La revolución de 1868, dirigida por el general Juan Prim (1814-1870) y por el almirante Juan B. Topete (1821-1885), acabó con el reinado de Isabel II (1830-1904) y dio lugar a un gobierno provisional, presidido por el general Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre (1810-1885), quien ofreció la corona a Amadeo de Saboya (1845-1890), segundo hijo de Víctor Manuel II de Italia, en 1871. Amadeo abdicó en 1873 y se formó entonces una república indisciplinada que no pudo subsistir sino unos meses. En 1874 el general Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque (1827-1895) dio un golpe de Estado, cerrando por las armas las Cortes republicanas. Fue entonces cuando el general Arsenio Martínez Campos (1831-1900) proclamó en Sagunto por rey a Alfonso XII (1857-1885)].

⁴ [La isla de Cuba permaneció bajo la corona de España hasta el año 1898, cuando se constituyó en república independiente].

poniéndose desde luego una venda en los ojos para no ver las demás naciones monárquicas que poseen colonias y que en ellas ejercen una dominación más tiránica y menos magnificente que la que en Cuba ha venido ejerciendo España, heredera, observa el citado Bello, del espíritu colonizador de la Roma antigua ⁵; hoy, al ver súbitamente transformada en república la aborrecida monarquía, al ver que desde el más elevado puesto del nuevo gabinete de Madrid, el tribuno Castelar ⁶ el elocuente orador de la república, nos saluda diciéndonos que el pabellón de la Española ondea ya sobre la grande Antilla, y que ésta tiene ya los derechos de miembro de una república; hoy los que así favorecían la independencia de Cuba mirando a la *forma de gobierno* en vez de mirar al *sistema*, ven como por encanto deshacerse el castillo de sus argumentaciones, y tendrán que, o renunciar a su anterior opinión o que reconocer, y esto será lo más cuerdo, que así en la política internacional como en la política interior de cada país, en ésta lo mismo que en cuestiones

⁵ ["La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto". ANDRÉS BELLO, *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile; memoria presentada a la universidad en la sesión solemne de 22 de septiembre de 1844 por don José Victorino Lastarria*, II; *Temas de historia y geografía (Obras completas de Andrés Bello, XIX)*, Caracas, Ministerio de Educación, 1957, pág. 165].

⁶ [Emilio Castelar y Ripoll, 1832-1899, ocupó la cartera de Estado al proclamarse la república después de la abdicación del rey Amadeo I el 11 de febrero de 1873, y al reorganizarse el ministerio presidido por Estanislao Figueras. En tal virtud firmó los decretos de abolición de la esclavitud en Puerto Rico, de los títulos nobiliarios y de las órdenes militares. Sustituyó posteriormente a Nicolás Salmerón y Alonso en la presidencia del poder ejecutivo, y dada la descomposición política y social reinante en el país se vió obligado a ejercer la dictadura, pese a sus convicciones republicanas y liberales. Cf. GERMÁN BLEIBERG, *Diccionario de historia de España*, Madrid, Ediciones de la *Revista de Occidente*, 1968, t. I, pág. 772].

de más gravedad, lo que más interesa no es la forma de gobierno cuanto los principios, las doctrinas y los sistemas que a la sombra de ésta o aquella forma se realizan. Esta será siempre una lección importante y un provechoso desengaño; hoy que, más que nunca, conviene sacar a los pueblos de las ilusiones y los engaños para acostumbrarlos a la apreciación sensata y práctica de las cosas y al sentimiento verdadero y exacto de sus conveniencias.

Sobre el humo de la revolución de Francia de 1848 ⁷, Luis Veuillot ⁸, el infatigable periodista católico decía: Los reyes se van, y saludaba la república presumiéndola más favorable a la Iglesia que lo fuera el derrocado gobierno. El desengaño vino: y hoy, después de tantos sucesos como entre ésta y aquella época se han sucedido, el mismo Veuillot que en Thiers ⁹ no ve sino un monarca volteriano, quiere y desea para la Francia, llamándole *república para todos*, el advenimiento al trono, sin corte pagana por un lado y sin asambleas soberanas por otro, de Enrique V ¹⁰, el mismo a quien, fijándose siempre en lo accesorio aborrecen los republicanos porque pretende en vez de presidente llamarse rey. Si unas veces se ha inclinado a la república y otras a la monarquía, si ahora mismo pide una monarquía sin corte o una república con rey, Luis Veuillot no se contradice ni delira; él va a lo sustancial, alternando o combinando accidentes; y así él como todos los católicos independientes ven que

⁷ [La revolución de 1848 derribó del trono de Francia a Luis Felipe de Orleans (1773-1850), quien había recibido la corona de los revolucionarios liberales de 1830. El año 1848 marca el comienzo de la segunda República, que había de establecer el sufragio universal].

⁸ [Louis Veuillot, 1813-1883, publicista católico francés. Cf. *El centenario de "El Tradicionista"*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1972, págs. 17-20].

⁹ [Adolfo Thiers, 1797-1877, presidente de la república francesa].

¹⁰ [Enrique V es el título real de Enrique Carlos Dieudonné, conde de Chambord (1820-1883), pretendiente al trono de Francia].

república y monarquía son formas de gobierno, y aceptando todas las *formas*, pero buscando en ellas siempre, dondequiera, el *carácter* verdaderamente cristiano que el liberalismo pretende desterrar de las naciones, piden para pueblos cristianos gobiernos cristianos, gobiernos católicos para pueblos católicos.

La república como la monarquía puede asociarse a la Iglesia, y la monarquía como la república puede declararse contra la Iglesia. Con ninguna de aquéllas ha jurado esta última alianza inmortal, a ambas las saluda en nombre de Jesucristo; a una y otra quiere hacerlas cristianas para bien de la sociedad. Pero si en los Estados Unidos la república blasona de neutral y en el Ecuador de católica, en otras partes, en la mayoría de los pueblos latinos, interpretada, y aún más, avasallada, oprimida por la escuela liberal, ella parece estar contaminada de impiedad. De ahí la desconfianza con que la saludan los católicos españoles al amanecer ella sobre sus horizontes; desconfianza nacida, no de lo que la república es en sí misma, sino de lo que es el sistema adoptado por los hombres que hoy la establecen, los mismos que ayer llevaron a sus conciudadanos rey extranjero y cuasi-protestante¹¹: republicanos o monárquicos, sus ambi-

¹¹ [En este párrafo Caro se refiere a la república española de 1873, proclamada a raíz de la abdicación del rey Amadeo I, el 11 de febrero de ese año, república proclamada por la asamblea nacional soberana presidida por Nicolás María Rivero. Esa república fue saludada por Castelar con estas vibrantes palabras: “Señores, con Fernando VII murió la monarquía tradicional; con la fuga de Isabel II, la monarquía parlamentaria; con la renuncia de Amadeo de Saboya, la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella; ha muerto por sí misma. Nadie trae la república; la traen todas las circunstancias: la trae una conspiración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia. Señores: saludémosla como el sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra patria”. (Cf. BLEIBERG, *Diccionario* citado, t. III, pág. 456). — En cuanto a la afirmación de Caro de que el rey Amadeo era un rey “cuasi-protestante”, puede resultar bien extraña. Amadeo I, 1845-1890, hijo de Víctor Manuel II de Italia,

ciones oligárquicas, sus miras egoístas, sus planes contra el clero son conocidos; conocido es el sistema; la forma es un pretexto o un sofisma.

Las formas se cambian, los ministerios se suceden, las revoluciones se multiplican, y siempre los mismos sistemas siguen o se modifican siguiendo una ley no paralela a la que dirige aquel movimiento; y la contemplación de este espectáculo es una gran lección para los hombres de orden y para los hombres de la revolución. Los hombres de orden comienzan a ver que ni la monarquía se remedia con la república, ni la república con la monarquía, sino ambas con el catolicismo adoptado como *doctrina reguladora de la marcha combinada de todas las asociaciones que componen la sociedad*. Los hombres de la revolución por su parte han empezado a sentir que toda revolución triunfante se torna en gobierno, contra el cual hay que volver a emprender nueva revuelta, y que éste es para ellos, para el pueblo soberano el trabajo de Sísifo¹²; de aquí deducen que no al gobierno, coronamiento y consecuencia de la sociedad, deben combatir, sino a la misma sociedad en sus cimientos. No más Dios, no más familia, no más patria, no más gobierno, dicen, y ya bajo el nombre de internaciona-

fue primero duque de Aosta y luego proclamado rey de España el 16 de noviembre de 1870 por las Cortes españolas al ser destronada la reina Isabel II y al acordarse la monarquía constitucional hereditaria. Abdicó como hemos visto el 11 de febrero de 1873. Pero lo curioso, para confrontar la afirmación de Caro, es que el biógrafo de Amadeo, Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, dice de él que era “ferviente católico, habiendo heredado de su padre una sola condición: una inclinación apasionada por las hijas de Eva” (*Atnadeo I de Saboya, el rey efímero*, Madrid, 1935, págs. 56-57). Cf. BLEIBERG, *op. cit.*, t. I, pág. 205. De aquí a que fuera “cuasi-protestante” va un largo camino].

¹² [Sísifo, rey y fundador de Corinto. Personaje mitológico muerto por Teseo, rey de Atenas, y enviado a los infiernos, allí fue condenado a subir eternamente una piedra desde la base de un monte hasta su cumbre].

les¹³ vienen contra la sociedad armados de ateísmo popular, carácter infernal antes desconocido. En medio de sus delirios son consecuentes en el derivar de sus principios las legítimas consecuencias; y esta lógica, haciendo pensar a muchos descuidados y tibios, ilustra al mundo a quien sus furoros amenazan, dándole la luz suficiente para precaverse del cúmulo de males que le anuncian.

¿Y se aprovechará el mundo de esta luz siniestra pero oportunísima? La cuestión se resolverá a medida que se vayan decidiendo los hombres que llamándose del *justo medio* ocupan un *falso medio*; los que preguntan qué tiene que hacer la política con la religión; los que creen que la

¹³ [Refiérese Caro a la Primera Internacional, nacida en Londres el 28 de septiembre de 1864, en un mitin conjunto de obreros franceses e ingleses reunidos en el St. Martin's Hall, de donde salió un comité que debía delinear los estatutos para una organización internacional obrera, que serían aprobados en un congreso internacional convocado para el año de 1865 en Bélgica. En este comité figuraba como representante extranjero, paradójicamente en último lugar, Karl Marx. — No es casual que este movimiento hubiera nacido en Inglaterra, cuna del capitalismo industrial y país económicamente el más avanzado del siglo xix. Allí fue donde surgieron por primera vez los antagonismos de clase y donde se hizo evidente la lucha proletaria contra la clase capitalista. — Como antecedente estaba el Movimiento Cartista de 1840, donde se hizo la primera movilización del proletariado como clase. Pero tuvo otros antecedentes: la Sociedad de Demócratas Fraternalistas, organizada en Londres (1845) por Julian Harney, para aglutinar a los refugiados políticos de toda Europa; la Liga Comunista, inspirada en el *Manifiesto comunista* de Marx y Federico Engels, primer programa científico del movimiento obrero internacional; y el Comité Internacional organizado en los años de 1850 por Ernest Jones en Londres. — Hechos históricos que enmarcan la Primera Internacional fueron la crisis económica de 1857, la más catastrófica del siglo xix; la guerra de independencia italiana en 1859; y la guerra civil desatada en los Estados Unidos de Norteamérica en los años de 1860 y 1861. — Este despertar político de las clases obreras tuvo como ingrediente característico el internacionalismo. Cf. GEORGE NOVACK, "La Primera y Segunda Internacionales", en *Las tres primeras Internacionales: su historia y sus lecciones*, Ediciones Pluma, Bogotá, 1980. págs. 44-47].

revolución no es un poder infernal que amenaza al mundo, sino un juego inocente para alternar en el poder las ambiciones; los que le dan a la sola palabra *república* fuerza y poder bastantes para resucitar una sociedad corrompida y corruptora; en fin, los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, sentidos y no sienten, entendimiento y no entienden. Ellos pasarán; la oleada internacional es pujante, y el movimiento católico creciente, y entre estas dos fuerzas estupendas que a un lado y a otro tenemos, no caben ya fútiles disputas de palabras.

Esta situación más grave y avanzada todos los días en Europa, se reproduce, como al principio dijimos, en nuestra América; aquí se sienten las conmociones del volcán que allá arroja lava. De aquí las modificaciones profundas que experimentan nuestras escuelas políticas; de ahí su tripartición en *católicos*, *revolucionarios* y *descuidados*. ¡Ay de éstos si con tiempo no despiertan! Su indiferencia es sueño de muerte.

El Tradicionista, Bogotá, 26 de abril de 1873, año II, trim. 2º, núm. 162, pág. 768.